
TESTIMONIOS

El peso de las ausencias

FRANCISCO FEBRES CORDERO

Director de revista *Diners*, Quito

RESUMEN

El autor recuerda, desde la nostalgia por las ausencias de mayor peso, los contextos de una larga entrevista que él realizara a Alfredo Pareja Diezcanseco a fines de la década de los 80 –la cual ha sido ampliamente reseñada con posterioridad. El presente artículo es una semblanza que integra diversas facetas del intelectual Pareja y del hombre que fue; reseña su temperamento y la disciplina que lo impulsaron en su vocación de autodidacta. Finalmente alude a los diversos intereses temáticos de Pareja, que rebasaron los ámbitos de lo literario y lo histórico. La propuesta del autor está marcada por la lucidez, el afecto y la nostalgia, para dar rostro al personaje «de carne y hueso», al sobreviviente del Grupo de Guayaquil que fue Alfredo Pareja Diezcanseco.

PALABRAS CLAVE: Biografía, narrativa ecuatoriana, Grupo de Guayaquil.

SUMMARY

The author remembers, from his nostalgia for those absences that weigh upon us most, the context in which he did a long interview with Alfredo Pareja Diezcanseco at the end of the 1980's –which has been widely reviewed in the years since–. This article is a portrait which combines various facets of the intellectual and man that Pareja was; highlighting the discipline and temperament which became the driving force of this autodidact. Finally, it touches on the host of topics that interested Pareja, which encompassed a universe of literature and history. The author's message is marked by its lucidity, nostalgia and affection, which breathes life into characters of 'flesh and blood', as well as the survivor of the Guayaquil Group that was Alfredo Pareja Diezcanseco.

KEY WORDS: Biography, Ecuadorian Fiction, Guayaquil Group.

CONFORME VA PASANDO el tiempo, como que ciertas ausencias pesan más. Esos referentes a los que solíamos recurrir, de manera casi obligada, para que nos orientaran en los más diversos órdenes de nuestra actividad, han ido siendo tocados por la muerte y nos han dejado en un estado cercano a la orfandad, situación que, curiosamente, se agudiza conforme nosotros también envejecemos y, al mirar a nuestro derredor, no nos encontramos sino con recuerdos, con rostros que la distancia va difuminando, con abrazos que solo se sienten cuando los sueños pueblan la altanoche. Hay, sin embargo en ellos algo a lo que nos aferramos para seguir escuchándolos porque, venturosamente, entre sus muchos legados nos dejaron su palabra que, conforme transcurre el tiempo, nos llega cada vez más nítida y cercana.

Alfredo Pareja Diezcanseco ha sido convocado por la Universidad Andina para que nos acompañe a celebrar los cien años de su nacimiento. Y está aquí, porque aquí está su palabra, están sus libros y está, también está, flotando en el ambiente, su actitud ineludible hacia las causas justas. Está, pues, un Alfredo Pareja que nos sigue hablando con esa dicción elegante que le era tan propia, ese dejo costeño que jamás perdió, y ese rigor casi maniático para llamar a las cosas por su nombre.

No quiero hablar de él. Quiero escucharlo, como lo escuché durante tantas horas en que preparaba eso que hasta ahora ignoro si sea una biografía, pero que terminó siendo *El duro oficio*, un libro a lo largo de cuya elaboración él y yo nos acercamos y nos alejamos alternativamente, nos amistamos y nos disgustamos, nos hablamos y nos deshablamos. Sin embargo, ahora, cada vez que Alfredo Pareja me hace falta, regreso a ese libro que él decía que era mío y yo decía que era suyo (con lo cual ambos nos librábamos de culpas), y me calmo porque vuelvo a encontrarme con él en la biblioteca de su departamento, hablándome y hablándose; lo encuentro con Meche, su mujer, durante esos días mágicos que pasamos en la playa; lo hallo sentado en el sillón de su sala diciéndome ya deje, Francisco, de atormentarme con tantas preguntas y bebamos un güisqui, que ya va siendo hora. Y entonces, en ese libro me es posible hallarlo para seguir charlando. Abro el volumen por donde caiga y, para mi ventura, lo vuelvo a sentir vivo.

Don Alfredo. Hombre difícil don Alfredo. Hombre obstinado hasta la terquedad don Alfredo. Hombre profundamente sensible don Alfredo. Hombre perspicaz, inteligente don Alfredo. Hombre tierno don Alfredo. Hombre atildado y culto don Alfredo. Era todo eso y era más: era un ser

humano construido con esa rara argamasa con que están hechos aquellos que aprendieron desde niños a vencer la adversidad y, a pulso, luchan por conseguir lo que se propusieron.

Estudió la secundaria solo, levantándose a las cuatro de la mañana para leer a la luz de una vela. A los trece años obtuvo su primer empleo. Entró a la universidad pero, como nunca le fue otorgado su título de bachiller, se vio obligado a abandonar sus estudios de Jurisprudencia. Después, la vida. Esa vida en que ejerció todos los trabajos imaginables, desde agente de comercio hasta banquero, pasando por bombero, diputado ilegal, librero, diplomático, profesor universitario y ministro. Y, si aquellos fueran oficios, también ejerció los de desterrado, preso político y campeón nacional de florete. «Pero mi insatisfacción tremenda –me dijo– ha sido la de no tener tiempo para escribir. Uno es como la vida lo hace. La vida lo avienta a uno por un lado y por otro. Uno es un poco una hoja al viento del destino».

Ese destino, como hoja al viento, le llevó a los Estados Unidos, cuando tenía 19 años. Llegó a Nueva York, con cuarenta dólares en el bolsillo. Ahí trabajó de mesero y hasta contrabandó el whisky que fabricaba un peruano (me imagino, en un alambique primitivo) y que luego Pareja ayudaba a distribuir en Riverside, donde vivían los judíos ricos.

A su regreso, en 1931, la consolidación de una amistad que se hizo hermandad, cofradía intelectual y humana con Demetrio Aguilera Malta, Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert y José de la Cuadra, ese Grupo de Guayaquil de esos cinco como un puño, que «produjo un fenómeno literario sumamente extraño, no por la calidad, que poco importa a estas alturas de nuestra solitaria vejez, sino por el concierto de las raíces que sostuvo nuestro ánimo y le otorgó la unidad necesaria para el descubrimiento de una corriente social y humanística en el Ecuador despreocupado de entonces, unidad muy por encima de las diferencias personales en el oficio y en la acción».

Los azares del destino –un destierro a Chile, incluido– lo llevaron por extrañas geografías que aguzaron su visión del mundo, le facilitaron la proyección de su literatura y le granjearon amistades duraderas. Los cuatro años que vivió en México quizás fueron los que más propicios le resultaron, y sobre los que hablaba con mayor unción y reiteradas referencias a la gente que conoció allí: los escritores José Revueltas, Rómulo Gallegos, John Steinbeck, el pintor David Alfaro Siqueiros, más un largo etcétera de actores de cine y teatro.

Muchísimo más tarde, cuando él ya era un escritor sesentón ampliamente reconocido, fue invitado como profesor a la Universidad de Florida, noticia que recibió mientras gozaba de vacaciones en París, en la primera visita que hizo a Europa. Y entonces, a esos años maduros, fue a Inglaterra para matricularse en una escuela para perfeccionar su inglés, en agobiantes jornadas que duraban ocho horas enteras. Así era él cuando de vencer cualquier obstáculo se trataba. Así era él.

Pero era también, así, cuando reflexionaba: «Escribo por incertidumbre, y por temor a mi soledad. Escribo para que las cosas no me subyuguen con su implícita mudez, y porque esa mi incertidumbre ha sido fabricada por un pasado que requiere, necesariamente requiere, de la muerte. Escribo por anhelo de trascender mi época, para que la próxima sea menos injusta y mentirosa, menos cínica y opresora».

Escribió catorce novelas y una docena de libros de historia, biografías y ensayos. Además, dos únicos cuentos y una serie de poemas, que una noche quemó en la chimenea. Hizo, además, periodismo, aunque «mi vida periodística fue siempre accidental, porque no soy buen periodista. El periodista tiene una brevedad y un don para atraer la atención, que yo no tengo. Soy un escritor que ha hecho un poco de periodismo». Ese «poco de periodismo» incluyó la creación, junto con Benjamín Carrión y otros intelectuales de izquierda, de diario *El Sol*, un proyecto que costó mucho trabajo y harta plata y que terminó en fracaso, porque «un diario de ideas, aquí y en nuestra época, está perdido. Menudo imbécil que fui».

A pesar de no tener memoria musical (el suyo era un oído Diezcanseco) escribía siempre acompañado de música. Y

escribía a mano; por eso redactaba mis obras dos veces: después las pasaba a máquina (todavía tengo un callo en el meñique que me dejó *Baldomera*. [...]) Cuando escribo a máquina, luego que he terminado un número determinado de páginas, las vuelvo a leer y las corrijo las veces que sean necesarias. La lectura la hago en voz alta porque de esa manera es como si el lector fuera otra persona. Buscar la palabra justa es un trabajo pavoroso. Romper y volver a escribir es la única fórmula ante la insatisfacción.

Delgado, nervioso, insomne, angustiado, depresivo, dejó la novela luego de la enorme tensión que le produjo redactar *La Manticora*, tarea que le causó un infarto al corazón. Entonces se dedicó solo a la historia; «no soy

un historiador imparcial –confesaba. Creo que hasta en la investigación histórica hay una carga subjetiva, quizá subconsciente, hasta en el hecho de seleccionar documentos. Uno no puede prescindir de ciertos afectos o de ciertas ideas previas. Dentro de eso, es menester una gran objetividad para ser lo más veraz posible. En historia uno nunca sabe cuándo empieza un hecho y cuándo termina. Hay una especie de reacción en cadena, como en la energía nuclear. Pero narrar simplemente hechos es, como dicen los chilenos, propio de los huevones de la cabeza».

Casi ochentón hacía tai-chi (que, como todo, aprendió por su cuenta, en un libro), cuyos movimientos rítmicos le ayudaban a combatir la artrosis y a conservar esa figura atlética y ese porte altivo que siempre tuvo. Y quizás, también a mirar la vida con optimismo, ya que reconocía que «después de mi primera época, la de la triste pobreza, he sido un hombre feliz. Le debo mucho a la vida. Quizás a esa primera etapa se deba también que piense políticamente como pienso. En cambio ahora vivo como un burgués, lo cual no deja de ser sabroso: comer una buena comida, tomar un buen vino. Y, además, mientras más años tiene uno, más tiene que recurrir a esos placeres, porque los otros se van...».

Si algo debo agradecer a mi audacia de presunto biógrafo, es el haberme acercado a un Alfredo Pareja Diezcanseco de carne y hueso y, gracias a eso, haber conocido también a esa mujer maravillosa, vivaz, chispeante que fue Meche, y a sus hijos que, con don Alfredo, seguirán en mi corazón durante, por lo menos, los próximo cien años, cuando, en esta misma sala, volvamos a encontrarnos todos para seguir charlando de lo mucho que aún nos falta por charlar. ♦

Fecha de recepción: 02 septiembre 2008

Fecha de aceptación: 06 octubre 2008